

“CUANDO CAE LA NOCHE”



Notaba cómo la tarde se cernía sobre los tejados de las casas. Sabía que en breve el manto de la noche caería implacable sobre esa ciudad que poco a poco, día a día la envolvía, la enamoraba. Cogió la bolsa de las pinturas, lápices y afeites que iban a transformar su rostro, la imagen estereotipada de una administrativa de empresa más o menos boyante. Sabía que nada se acomodaba a su personalidad, a su ser íntimo. Pero continuaba con el juego porque para ella, desde hacía algún tiempo, todo era un juego relativamente prohibido.

Empezó por los ojos, base primordial de un gesto, de una cara. Reforzó su mirada con lápiz negro, endureció la expresión con raya convergente en el rabillo; separó el espejo unos centímetros y se dio para sí misma el visto bueno. El rimel terminaría por remarcar esa imagen de dureza e intransigencia que la acompañaba desde hacía algunos meses. Estaba harta de ser una persona vulgar.

El carmín, perfectamente extendido con un pincel, delineó precisa y correctamente la comisura de los labios: atrayentes para el beso, ansiosos de esa caricia sutil y eterna del ósculo. Color en las mejillas; las uñas perfectamente limadas y barnizadas invitaban a la caricia, al gesto brusco y lascivo de excitar virilidades.

El primer paso siempre era el maquillaje pero la vestimenta no era el menos importante. Eligió ropa negra: un vestido ceñido a su cuerpo de niña pero que sin embargo marcaba el contorno curvo y ampuloso de sus formas de hembra. Ella sabía que eso gustaba a los hombres, los enardecía hasta el punto de hacerles olvidar sus nombres. Nunca le había gustado usar pendientes pero los aretes que ahora se disponía a lucir resaltaban fuertemente sus características de “cazadora de machos”. El pelo recogido ligeramente en la nuca endurecía sus rasgos; y en su cara de muñeca de china se dibujó la sonrisa de los triunfadores: una sonrisa suficiente y fría.

El sol hacía tiempo que había dejado de bañar con sus rayos dorados el contorno de edificios y figuras que conforman una ciudad. Ahora podría ser la dueña del mundo, la protagonista de la noche.

Bajó las escaleras lentamente, acomodándose poco a poco al paso inseguro y vacilante de los

zapatos de tacón. El coche estaba aparcado a pocos metros de su casa. La máquina rodante había sido mudo testigo de pequeñas orgías y desenfrenos velados. Cuando “ligaba” prefería utilizar el auto como alcoba de placer que comprometerse a sí misma en un negocio que trataba de ocultar por encima de todo. Si alguien reconocía la matrícula siempre podría decir que se lo habían robado ¡y quién sabe lo que hacen con el coche los posibles ladrones! En una casa siempre hay paredes que oyen. Arrancó con brusquedad y enfiló directamente al barrio de “ambiente”. Tenía el presentimiento de que era su noche y apretó a fondo el acelerador.

Cuando llegó le descubrió al instante. Hubiese podido reconocer en medio de una muchedumbre a ese hombre que desde hacía varias noches -no podía precisar cuántas- la perseguía tenazmente en su recorrido nocturno. Una silueta vaga y extraña pegada a ella, jamás le decía requiebros o intentaba el acercamiento. Sólo la miraba, escrutaba hasta el más mínimo movimiento suyo; y ella se sentía incómoda, observada por un ojo juzgador y omnipresente. Hubiese preferido a un sádico, a un masoquista, a un neurótico profundo; pero nunca a un ser que la reprendía sin palabras, que calibraba todas sus posturas, que recriminaba hasta el simple y coqueto acto de atusarse el cabello. La asustaba. No sabía por qué pero sentía un ligero hormigueo de terror subiéndole por las pantorrillas cada vez que se cruzaba con la mirada de aquel hombre.

Pero esa noche iba a ser diferente. Aparcó, y cuando iba a apearse del coche sintió una mano blanda y suave en su rodilla. Era él. Levantó la cabeza rápidamente y encontró unos ojos en los que no había lugar al diálogo: no sugerían, imponían. Y en esa mirada leyó la urgencia, la precipitación del hombre cuyos gestos, sin embargo, eran pausados y tranquilos. Y no supo resistirse al influjo aun a pesar del temor que la inspiraba la presencia de ese hombre.

Condujo hasta uno de esos lugares que ella sabía solitarios, propicios para el ejercicio de su no muy respetable quehacer. Cuando paró el motor miró a su acompañante y se preparó, en un acto desesperado de comunicación erótica, a atraer a su terreno a ese individuo de mirada fría y persistente.

Los labios se juntaron sin mediar palabras mientras ella acariciaba maquinalmente la nuca de aquel hombre que paulatinamente -ella lo notaba- se deshacía en sus brazos. Repentinamente perdió el miedo, el pánico la abandonó e intentó por todos los medios dar lo mejor de sí. Cuerpos enlazados en brusco abrazo que, a medida que pasaban los minutos, se convertía en caricia inexplicable, tierna, densa...

La ropa voló por encima de sus cabezas y, desnudos, se entregaron cuerpo a cuerpo a un forcejeo consentido, amable, intenso. Las manos acariciaban, las bocas besaban y lamían, las piernas se entrelazaban. Y ella se sintió desesperadamente libre y feliz, contenta de haber vencido su temor absurdo. El jadeo llenaba todo el ámbito reinante, ese jadeo de placer y emoción que sigue al eterno juego entre dos cuerpos.

No supo cómo, pero de repente se encontró con el contacto frío y seco del metal en su garganta. Miró bruscamente al hombre y descubrió de nuevo esa mirada fija y recriminadora que tanto la había asustado. No tuvo tiempo de sentir miedo, ni rabia, ni angustia. La hoja afilada cortó certeramente su yugular.

En la postura relajada y de reposo en que había terminado su aventura erótica la encontró la poli-

cia al día siguiente. Los periódicos reprodujeron la noticia:

"El cadáver desnudo de una mujer degollada fue encontrado en el día de hoy en un descampado de nuestra ciudad. La víctima trabajaba como empleada en una empresa de compra-venta de automóviles y su comportamiento en la misma era intachable. No se la conocían enemigos y su temperamento afable y dinámico hace suponer que no los tenía. Vivía sola en un barrio residencial y los vecinos jamás habían dado queja de ella; por el contrario todos han sido unánimes al referirse a la víctima como una persona de costumbres pacíficas y dentro de la moral establecida. La policía y el Juez de Instrucción continúan investigando este extraño caso que ha conmovido a amigos, compañeros y familiares de la víctima. Por el momento se ha descartado el móvil de robo pues todas las presuntas pertenencias de la mujer se encontraban en el interior del auto, que era asimismo de su propiedad. Igualmente queda descartada la posibilidad de violación pues el cadáver, al que se ha practicado la autopsia, no presentaba señales de violencia. Hasta ahora se desconocen por lo tanto las causas de tan lamentable suceso".

Cristina Diez



Ramón Pérez Carrió

ÅÅ
 DDDDDJJDDJDC
 EEEFCE EEEEEEE
 EEE EEEEE EEEEEH FFFF GGGGGGGH
 YHHHH IHH IIII IIIIIIIIIIIIIIIIIII
 JJKKKKK
 <K L LL LL LL M M NNNNNN
 NN
 RF
 SS T T
 YY



ÅÅÅAAA AAA AA ABBBRRB CCCU
 CL CD D ODDDD EEEEEE EEEEEEE
 EEEEEE EEEEEEEEEEEEEEEEEEEGGGGGGGGGGH
 HHHHHHHHHHHH IIII IIIIIIIIIIIIIIIIIII JJJJJKKKKK
 <K LLL NNNNN
 Q RF
 SSS T



V V W
 cc dddd
 eeee
 hh hhhh
 mmmm

UUUUVV
 eeee
 g g h
 IIII
 rrr rrr
 tttttt
 yz zæøð
 UUUUU



a:ãää
 d
 è
 h h h t h t
 m m m
 o o o o r
 r r r c s s

cccccc
 eeeeeee
 g c h h h h
 l l l l l l
 n n o o o o
 t t t t t t t

22 333 5 MALAGA 7 899999
 DICIEMBRE 1988